

Pida usted en cualquier Kiosco
El fantasma de la ópera
(Lon Chaney - Norman Kerry - Mary Philbin)
Precio 50 cénts. — Novela de emoción

COMPRE USTED MAÑANA

el núm. 27 de la popular
publicación semanal de
**BIOGRAFIAS DE ARTISTAS
DE LA PANTALLA**

LA NOVELA INTIMA CINEMATOGRAFICA

Contiene la biografía de
la bellísima estrella

NORMA SHEARER

Numerosos datos y fotografías

Regalo de una lujosa postal

Precio popular: 35 cts.

DE VENTA EN TODAS PARTES

E. VERDAGUER MOÑERA - TOPETE. 18. - TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Núm. 195

25 cénts.



FERIA DE
VANIDADES

por Eleanor

Boardman
Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 195

Feria de vanidades

Producción dramática inspirada en la novela La Feria de Vanidades de Guillermo M. Tlackeray.


REPARTO

Becky Harp	Mabel Ballin
Lord Steyne	Hobart Bosworth
Amelia Sedley.	Eleanor Boardman
José Sedley	Williard Louis
Juan Sedley	William Humpreys
Jorge Osborne.	Harrison Ford
Sir Pitt Crawley	Robert Mack
Mis Crawley	Laura La Varnie
Carlos Crawley	George Walsh
Guillermo Dobbin.	Earle Foxe

METRO GOLDWYN PICTURES

Exclusiva de
METRO GOLDWYN CORPORATION
Rambla de Cataluña, 122. — Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
MARION DAVIES



Fería de vanidades

Argumento de la película

Esta película, en la que el autor nos presenta a sus intérpretes iluminados con sus propias antorchas, es una reproducción de la vida en Inglaterra a fines del año 1809.

En una buhardilla de los barrios humildes de Londres, tenían su domicilio los Sharp, y en él se daban la mano el arte y la pobreza.

Eran tres los miembros que componían esa familia: el jefe, pintor de cuadros; su esposa, una bailarina de la Opera, que ensayaba diariamente en su casa las danzas de la función de la noche; y Becky, la hijita, un capullo que prometía ser una esplendorosa flor.

En edad muy temprana supo ver Becky, con su fina perspicacia, el misterioso poder de sus atractivos para seducir a los hombres, y no se recataba de hacerlo con el primero que se cruzaba en su camino, ingenuamente, ignorante de los peligros a que se exponía.

El día en que comienza esta historia, siguióla un caballero hasta la buhardilla, y como en la puerta había una placa que indicaba la profesión del padre de la tentadora niña, aquél entró. Se trataba nada menos que de lord Steyne, uno de los grandes

Pares del Reino, que ante una cara bonita o un guiño picaresco perdía los estribos.

Fué recibido por el bohemio con grandes reverencias.

Lord Steyne no quitaba ojo de Becky, que sonreía en un rincón.

Apareció la madre, para saludar al distinguido visitante, y esgrimiendo el arma de la galantería para ganarse la simpatía de aquellas gentes, el Par pronunció, inclinándose profundamente:

—Ha sido para mí un gran honor, señora Sharp, el conocer a usted. Ahora veo de dónde ha sacado su hija tanta hermosura.

Después, dejando en manos del pintor una bolsa con oro, dijo, sonriendo, al tiempo que iniciaba la partida:

—No extrañe usted que algún día repita mi visita en busca de la espléndida joya que dejo aquí.

Y Becky, ante la confirmación de su hermosura, se sentía transportada en alas de la vanidad...

I

Cinco años más tarde, muertos los padres de Becky, ésta había adquirido, en un pensionado, la suficiente base de cultura para mirar tranquilamente el porvenir.

Al salir del colegio, lo hizo con su condiscípula Amelia Sedley, quien, como ella, había terminado sus estudios.

Amelia insistió sobremanera en que Becky aceptase ir a pasar una temporada en su casa, con sus padres, y se querían tanto, que Becky no pudo menos de acceder.

La severa directora del pensionado, al despedir a Becky, le recomendó que no prolongase mucho su estancia en el hogar de los Sedley, pues, como con-

venido, tenía que encargarse de educar a las hijas de un tal sir Pitt Crawley.

Ya en el coche que estuvo esperando a las colegialas en la puerta del pensionado, la institutriz salió a "molestarlas" con su vocecita de pájaro:

—Tomen ustedes unos sandwiches, para el camino; y este diccionario para usted, señorita Becky.

Los primeros fueron aceptados; pero en cuanto al libro, tuvo ocasión de medir la altura desde la portezuela del vehículo hasta el suelo. ¡Al diablo con los libracos!

En la rica morada de los Sedley sintió Becky que su belleza causaba estragos en el hermano de Amelia, José, tan tímido como bien plantado, que estaba a punto de partir para Calcuta, donde pensaba establecer una factoría.

—¡Qué buen mozo es tu hermano, Amelia!—dijo Becky a su amiga.

El comprendió que estaban hablando de su persona, y no se atrevía a acercarse a las dos mujeres. Pero Amelia, yéndolo a buscar, lo presentó a Becky, que desconcertaba al tímido con sus miradas llenas de risas.

Juan Sedley, el padre de Amelia y José, era una de las más sólidas firmas de la Banca de Londres.

Todo respiraba, pues, lujo y bienestar en la casa. A Becky le satisfacía todo aquello...

Llegó la hora de la comida. El padre dijo a José, poniéndole en un verdadero apuro:

—Ya sabes, hijo mío, que eres tú quien debe ofrecer el brazo a nuestra huésped, para acompañarla a la mesa.

José no acertaba a cumplir con esa regla de la etiqueta, y fué Becky quien "hizo" de hombre.

Todas las noches, después de la cena, Jorge Os-

borne visitaba a los Sedley, en su calidad de aspirante a la mano de Amelia.

Aquella noche, al llegar Jorge, Becky se encontraba en el salón con José, ayudándola éste a desmadejar un hilo, coqueteando con él.

Amelia presentó su prometido a Becky, y tanto ésta como aquél se miraron largamente, "encantados" de conocerse.



Becky se encontraba en el salón, con José.

Pero Becky no sabía lo que hacía. Le gustaba verse admirada por todos, y para ello se mostraba amable y graciosa continuamente.

Mirando en dirección a donde Jorge y Amelia estaban, tocando ésta el piano, y de pie, a su lado, su novio, Becky exclamó, dirigiéndose al hermano de su amiga:

—¡Qué feliz debe ser Amelia viéndose amada por un joven tan elegante! ¿Verdad, José?

El muchacho no se puso a bailar, pues esas palabras no indicaban, precisamente, que él era tan elegante como Jorge... Sin embargo, no se separaba de Becky, fascinado por sus pícaros ojos.

Por su lado, Amelia, contemplando, un poco después, a su hermano con su amiga, decía a Jorge:

—Si la belleza de mi amiga Becky no vence la ridícula timidez de José, ya podemos asegurar que está condenado a celibato perpetuo.

Y Jorge, interiormente, consideraba que José debía ser muy necio si al lado de Becky no se sentía "revolucionario"...

II

Entre los nombres más respetables que figuraban en la Guía Cortesana se encontraba el del Barón sir Pitt Crawley.

Como la estancia de Becky en la casa de los Sedley se prolongaba demasiado, el Barón le mandó una nota manuscrita rogándole que se presentara al día siguiente en la suya, para hacerse cargo de su cometido.

Y llegó la hora en que José había de partir para las Indias, y Becky incorporarse a su destino, sin que entre ellos se hubiese cambiado la declaración amorosa que Amelia deseaba.

Al separarse las dos amigas, Amelia dijo a Becky que mucho le complacería que se tratasen siempre como en el colegio, y la huérfana prometió no olvidarla jamás.

Sir Pitt Crawley esperaba impacientemente a la institutriz de sus hijas. Becky llegó en momento oportuno para participar del escuálido *menu* del Barón, que contrastaba con la abundancia de la mesa

de los Sedley. Pero había que resignarse. ¡Ah, si ella fuera rica!

—Mañana saldremos para mi casa de campo, donde nos espera mi esposa con mis hijas, y a donde más tarde llegará mi hijo Carlos—le dijo el decrepito noble, que pretendía conservar aún las energías de su juventud.

—Bien, señor—contestó Becky, ocultando su disgusto.

—Esta noche dormirá usted con mi ama de llaves—prosiguió el Barón.

Becky estuvo tentada de protestar. ¡Dormir con el ama de llaves, que pesaba a lo menos cien kilos!

—Tendrán ustedes una cama magnífica. En ella murió mi primera esposa—siguió diciéndole sir Crawley.

¡En qué casa había entrado, Señor!

Al día siguiente se trasladaron al campo. Las niñas simpatizaron con la institutriz, y los días se deslizaban con una monotonía atroz.

Varias semanas llevaba Becky en la casa, aburrida de la compañía de la inválida lady Crawley y de sus traviesas hijas, y asqueada de las ridículas atenciones de sir Pitt, cuando un día miss Crawley, una solterona, hermana del Barón, considerada como objeto de gran estimación, en gracia a su inmensa fortuna, llegó a la finca, acompañada del capitán Carlos Crawley, hijo de aquél y sobrino favorito suyo.

Carlos quedó prendado de la hermosura de Becky, y ésta no dejó de clavar sus miradas en el apuesto militar, pareciéndole, desde el momento de su entrada en la casa, que ésta se había iluminado con luces mágicas.

No tardó Becky en conquistar con sus zátame-

rias el afecto de miss Crawley, lo cual le daba ocasión para alternar con su sobrino y para atraerse el odio de la vieja doncella de aquélla.

Un día, la rica señora, habiendo perdido su monóculo, rogó a Becky que se lo buscara, y ésta salió de la habitación para ver si se le había caído fuera, encontrándose, casualmente, con Carlos.

—¡Oh, señorita! ¡Qué feliz coincidencia!

—Déjeme, se lo ruego. Su tía ha perdido su monóculo.

—Yo la ayudaré a buscarlo.

Carlos se agachó, anduvo a gatas unos segundos, pero lo que él buscaba no era el monóculo, sino las manos de Becky, para besárselas.

Becky conocía las intenciones de Carlos, y se deslizó de sus brazos, cuando él la apresó apasionadamente con sed de caricias.

—No se vaya, Becky. ¡He de decirle tantas cosas!

—Usted me estaba esperando, ¿eh, pillín? Eso no está bien. Si su tía... o su padre me viesan... ¡No quiero ni pensarlo!

Sir Pitt, desde el piso inferior, había visto a Becky sola, y la llamó con acento suplicante:

—¡Oh, Becky! ¡Baje usted! ¡Baje usted!

Becky despidióse deliciosamente coqueta de Carlos, y entró en la habitación donde miss Crawley se hacía peinar por su doncella.

—He buscado su monóculo por todas partes, señora, y no he podido dar con él—dijo Becky, que no se había entretenido mucho en buscarlo.

—Ya lo encontré, Becky... Estaba ahí encima... Gracias por tu interés.

Hubo unos momentos de silencio. Becky pensaba en Carlos... y Carlos esperaba detrás de la puerta, por si Becky volviera a salir.

—¿Te gustaría venirte a vivir conmigo a Londres, Becky?—dijo de pronto miss Crawley, para disgusto de la doncella, muy acostumbrada, desde la intrusión de Becky, a hacer pucheros.

—¿Lo dice usted en serio, señora?—preguntó Becky.

—Sí. Tú eres muy hermosa, y mereces los honores de un rapto por un hombre de corazón que te



—Usted me estaba esperando, ¿eh, Pillín? Eso no está bien.

haga feliz.

—¡Oh, señora!

—Yo, desgraciadamente, no me he visto nunca en ese espejo, pero admiro los amores románticos. Hasta me gustaría que mi sobrino Carlos raptase a una mujer.

Carlos abrió más, si cabe, las orejas, detrás de la puerta.

—A una mujer rica, como él, por supuesto—concretó Becky, intencionadamente.

—¿Rica como él? ¿Acaso él tiene una peseta? ¿Todavía no has comprendido que mi hermano es un título arruinado? Carlos no tiene más fortuna que la que de mí herede.

Carlos agachó, esta vez, las orejas. ¿Qué diría Becky acerca de sus pretensiones amorosas, no teniendo él fortuna propia?

Becky hizo un mohín de disgusto al oír que Carlos no tenía más que un físico excelente... pero como el amor había llamado a las puertas de su corazón... no sería de extrañar que el dinero fuera vencido por el amor.

* * *

Entretanto, el proceso amoroso de Amelia marchaba viento en popa, hasta el punto de haberse abierto las infranqueables puertas de los Osborne; pero había mar de fondo. Ni el padre ni las hermanas de Jorge se avenían de buen grado a la boda.

De sobremesa, al quedar en el comedor, a solas, padre e hijo, el primero dijo al segundo, con gravedad:

—¿En qué estado se encuentran tus relaciones con la hija de Sedley?

—La pobre muchacha está loca por mí, y sería un crimen matar en flor sus doradas ilusiones—respondió Jorge.

—¿Es una locura! Mi deseo es que no te cases

con ella... que cese cuanto antes toda relación entre ella y tú.

—Reflexiona, papá, y no te separes de la razón. Hay entre nosotros un compromiso al que debo hacer honor.

—¿Y has limitado tus aspiraciones a la hija de un simple agente de cambio?... ¡Todo un Osborne!

—¿Qué pudiera yo contestarte que fuese de tu agrado?

—Como Juan Sedley dé a su hija una dote inferior a diez mil libras esterlinas, yo destruyo ese compromiso, por indestructible que sea; o te desheredo, si me desobedeces.

* * *

Pocas semanas después, durante las cuales Becky y Carlos habían contraído matrimonio secretamente, miss Crawley había reclamado los cuidados de aquélla, por habersele agudizado los achaques al llegar a Londres.

Becky aceptó ir a casa de la rica tía, pues seguía en la de sir Pitt para estar junto a su marido.

La enferma se sentía aliviada desde que las dulces manos de Becky la cuidaban, y la doncella se moría de pena al verse postergada a la cabecera de su ama.

Carlos fué a visitar a su tía, y la doncella, rompiendo a llorar desesperadamente, le dijo:

—Ni siquiera puedo decirle a usted cómo está su tía. ¡Si no admite otra asistencia que la de esa odiosa joven Becky Sharp!

Carlos sonrió. Nadie sabía nada de su casamiento con Becky. Sin embargo, al salir Becky, que

hubo de contener sus deseos de colgársele al cuello, mientras estuvo al lado de ellos la vieja doncella, opinó:

—Me parece que he hecho mal en no decirle a mi padre que tú y yo nos hemos casado. Dado el delicado estado de salud de mi madrastra, de la tardé a la mañana queda él otra vez viudo. Me da miedo el pensar cuál será la tercera lady Crawley elegida por mi padre.

—¿Crees, Carlos, que esa podría ser yo?—preguntó Becky.

Por toda respuesta, Carlos estrechó a su mujercita contra su corazón.

III

La doncella de miss Crawley seguía haciendo puchereros cada vez que veía a Becky al lado de su ama, pero una vez que la encontró a solas, esos puchereros rebósaron más que de costumbre.

—Vamos a ver, ¿por qué está usted siempre llorando?

—¿No quiere usted que lllore si después de veintitrés años de servicio a las órdenes de miss Crawley me veo postergada por usted?

—Si no es más que eso, séquese esas lágrimas. Cuando ella esté buena, me iré yo, y usted podrá volver a su puesto. Nosotras tenemos que ser amigas.

La doncella clavó sus ojos en los de Becky, y al leer en ellos que ella no le quería hacer el menor daño, le besó las manos, agradecida. ¡Ya no lloraría más!

Una mañana se presentó sir Pitt en casa de su hermana, con una delicada misión.

—Acaba de llegar sir Pitt vestido de luto rigu-

roso. Ha debido morir su esposa—anunció la doncella a miss Crawley.

—Yo no puedo verle; es decir, no quiero verle. Dígame usted que estoy enferma.

—Es que, señora... él no ha preguntado por usted... A quien quiere ver es a Becky.

—¿A Becky?... ¿Y para qué?

Becky fué avisada, y sir Pitt, al verla aparecer en el salón, quedó deslumbrado. ¡Ay, qué hermosa se conservaba!

—Su hermana está en cama y no puede recibirle a usted, sir Pitt—díjole ella.

—Sólo he venido a proponerle a usted el regreso a mi casa. Yo tengo necesidad de usted, Becky.

—Le prometo a usted que iré tan pronto me sea posible.

—Mi deseo es que vaya usted en seguida. ¿Quiere que pase a buscarla dentro de una hora, cuando salga de los funerales de mi esposa?

—Pero...

—No es un capricho, Becky; es una necesidad de mi corazón. La amo, y quiero hacer de usted una lady Crawley.

—¡Oh, sir Pitt! ¿Usted?..

—Soy viejo, sí, pero tengo para amarte el corazón de los veinte años. Tendrás en mi casa carta blanca para gastar lo que quieras...

Sir Pitt se había postrado de hinojos a los pies de Becky, que lloraba, indudablemente para enternecer el corazón del viejo, a fin de llegar a la revelación de la verdad sin temor a sublevarlo demasiado.

—¡Cuánto siento, sir Pitt, no poder aprovechar esta ganga, porque... ya estoy casada!—exclamó.

—¡Casada!... ¿Quiere usted decirme quién es su afortunado esposo?

—No necesito decirle su nombre... Bástele saber que soy una nueva hija de usted. ¡Perdón!

—¡Ah!

En aquel momento en que Becky se arrodillaba ante su suegro, que ya se había incorporado de su humillante postura, aparecieron miss Crawley y la doncella.

—¡Qué vergüenza! ¡Invertir los papeles para ha-



—Soy viejo, sí, pero tengo para amarte el corazón de los veinte años.

cerse el amor!—exclamó la primera, indignada.

—¡Si es precisamente lo contrario! ¡Yo trataba de convencer a sir Pitt de que no puedo ser su esposa!—repuso Becky.

—¿Es decir que tú, sir Pitt, le has declarado tu

amor a Becky, y has recibido impasible sus calambazas?

Sir Pitt, poniéndose el sombrero ladeado, a lo tenorio, dijo al tiempo que buscaba la puerta de salida:

—¡Oh! ¡Hay una causa de fuerza mayor! Si no...

Después de aquella escena, Becky no podía permanecer un minuto más en casa de miss Crawley, y al partir le dejó esta carta a la vieja doncella:

Querida Martha:

A su corazón sensible puedo abrir el mío. Antes, pues, de salir de esta casa quiero participarle que estoy casada con Carlos Crawley, noticia que ignora la tía de éste.

...Si algún día me necesita acuda a mí, segura de que la recibirá con los brazos abiertos su amiga

Rebecca Crawley

En los comienzos del año 1815 estaba Europa poseída de un pánico general con motivo de haber huído Napoleón de la Isla de Santa Elena, suceso político, el más importante de la historia, que arrojó, entre otras muchas fortunas, la de los Sedley.

Reducido a la miseria, se hubo de proceder a la venta en pública subasta de los muebles, objetos de plata, ropas, vinos y licores pertenecientes al agente de cambio, y la noticia de esta venta llegó a conocimiento del capitán Guillermo Dobbín, amigo de la infancia de Amelia, que acababa de regresar de Calcuta con su regimiento.

Dobbín acudió al lugar de la subasta, y al tocarle el turno a un piano de cuerdas cruzadas, reví-

vió algunas escenas ya lejanas. ¡Qué deliciosas horas había pasado él contemplando las delicadas manos de Amelia sobre las blancas teclas de aquel piano!

Y, superando las ofertas de todos, Dobbin se quedó con aquella joya del recuerdo...

IV

En los barracones de Knightsbridge, donde Guillermo Dobbin y Jorge Osborne—que también eran amigos—estaban acuartelados, en espera de la orden para marchar a la guerra, el primero entregó una carta al segundo, escrita por Amelia al quedar en la miseria. Decía así:

Querido Jorge:

Reveses de fortuna me han colocado en un plano inferior al tuyo y comprendo que nuestra unión es imposible. Quedas, pues, relevado de tu compromiso.

Por nuestro buen amigo Dobbin, que nos ha traído excelentes noticias de mi hermano José, te remito en un paquete tus finos obsequios y mi último adiós.

Amelia

Jorge quedó sorprendido. ¡Cómo era posible que Amelia le escribiese aquella carta!

—Eso no está redactado con el corazón, Jorge—comentó Dobbin—. Si no te casas con Amelia, que te ama, cometerás una villanía.

Dobbin era noble. Así lo demostraba. El quería a Amelia, pero Amelia amaba a Jorge. Su misión era la de un hermano que uniera dos almas.

—Mi padre se ha opuesto siempre a este casamiento. Sin embargo, si ella quiere nos casaremos mañana mismo—respondió Jorge.

Y, en efecto, Jorge y Amelia se casaron al día siguiente, apadrinándoles Dobbin.

El casamiento de Becky no había sido del agrado de la familia Crawley; y, obligado a vivir de sus recursos, el matrimonio se estableció en Brighton, donde también se encontraban los recién casados Osborne.

Una noche, los Crawley visitaron a sus amigos, y Jorge se acercó a Becky, a quien recordara siempre con sumo agrado, y estuvo muy complaciente con ella.

—Hermosa noche de luna, ¿verdad? Sin embargo, es posible que en estos momentos se declare la guerra con Francia, y que Carlos y yo tengamos que salir inmediatamente para Bruselas.

Amelia espiaba a Jorge, pues no ignoraba que Becky era coqueta y que a Jorge le gustaba...

Sucedió lo previsto por Jorge. Carlos y él tuvieron que trasladarse a Bruselas, y allí se llevaron a sus respectivas mujeres.

La noche del 15 de junio de 1815 se celebraba un gran baile.

La extraordinaria hermosura de Becky arrastraba un regimiento de admiradores, y era el blanco de las miradas envidiosas y frases mortificantes de la concurrencia.

Carlos estaba disgustado, y no conseguía bailar con su mujer, que se complacía en hacerlo con otros oficiales, en particular con Jorge, sin pensar en el horrible sufrimiento por que pasaba Amelia.

Dobbin se aproximó a su amada en secreto, y trató de distraerla con su amena charla... pero el pensamiento de Amelia, a la que Jorge no había invitado aún a bailar, estaba lleno de ideas crueles.

Tan entregado estaba Jorge al flirteo con Becky, que llegó al extremo de olvidarse completamente de Amelia, y ésta, sintiéndose verdaderamente enferma, rogó a Dobbin que la acompañase al coche, para regresar a casa.

Jorge bebía champaña para animarse... para seguir adelante en su plan de conquista de la irresistible Becky; pero Dobbin, defendiendo a Ame-



—Hermosa noche de luna, ¿verdad?

lia, cuando ésta se hubo ya marchado, lo asió por los brazos, y le reprochó su conducta, censurada por la gente:

—Dentro de breves horas estaremos en fuego, Jorge. Hasta ese momento tu deber está al lado de tu esposa.

Y Jorge, al percatarse de que Amelia se había

marchado, corrió a su casa, y en ella, consolándola, pues lloraba en el lecho, trató de hacerse perdonar, abrazándola.

V

Al despuntar la aurora, los oficiales se reunían a sus regimientos, que desfilaban por las calles.

Apenas partido Carlos, Becky encontró en su escote un papel que le entregara unas horas antes Jorge, y que decía:

Mi querida Becky:

Me has hecho vivir las horas más felices de mi vida. ¡Y cuántas horas como éstas nos esperan! ¿No?

Te quiere con delirio

Jorge

—¡Qué exaltado!—se dijo la hermosa, sonriendo llena de dicha.

Becky temía más al fantasma de la pobreza que a la tiranía de un ejército invasor. Esto la decidió a regresar a Inglaterra.

Al primer ataque de los ingleses, Jorge fué derribado por una certera bala, y a la caída de la tarde, Dobbin encontró su cadáver, y pensó, con inmenso dolor, en la pena de Amelia.

VI

Algunos días después de la batalla de Waterloo, encontramos en la calle Curzon, 201, de Londres, a Carlos Crawley explotando el negocio del juego, auxiliado por los poderosos atractivos de Becky.

El gran lord Steyne, que conociera a Becky en su infancia, aquel día que la siguió hasta el estudio de su padre, era un buen cliente de la casa, a

la que le llevaba más el interés por Becky que por las viles ganancias.

Carlos veía con malos ojos las frecuentes visitas del Par, y la indiferencia de Becky para con todos cuando aquél estaba con ella. Ni su hijito, que la llamaba para dormirse, pudo separarla del lado del alto personaje.

Paralelamente al ascenso de Becky en la escala social, descendía su amiga Amelia, cuyo padre había envejecido por las tristezas y las privaciones.

—A mí me queda ya muy poco que vivir, Amelia—le decía, a la sazón, su padre—. Sólo siento dejarte sola con tu hijo. Si José estuviera aquí, contigo, o Dobbin no hubiera recibido orden de regresar a la India...

—No te preocupes, papá. Yo ya me defenderé, y al niño lo mandaré con su otro abuelo.

Cuando Carlos se marchaba de casa, lord Steyne hacía llevadera a Becky la ausencia de su marido, con su "paternal" compañía.

—¿Por qué se ha molestado en venir, lord Steyne?—le dijo ella aquella noche—. Cuando usted ha llegado, estaba haciendo unas natillas.

—Ya he visto que se aplicaba usted una pomada a esas arrugas que quieren asomarle a la cara.

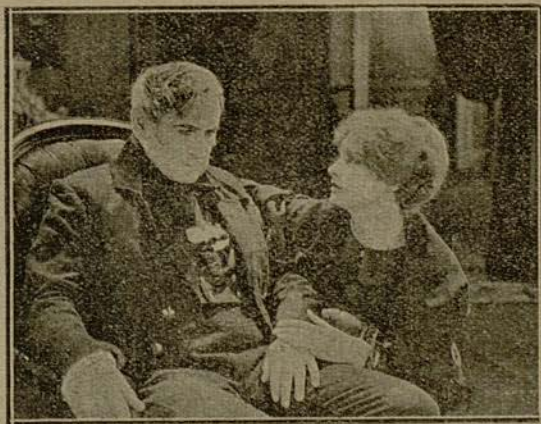
—¡Oh!... No es nada...

—Todo esto lo trae el dedicarse a trabajos impropios de usted. ¿Quién con más méritos para tener aspiraciones de ser una gran señora? Usted es pobre, pudiendo ser millonaria; y es lástima que no quiera aprovechar la ocasión de serlo. ¿No podría usted desprenderse de esa vieja, amiga de meterse en camisa de once varas?

Se refería a Martha, la doncella que tuvo miss Crawley y a la que Becky había tomado a su servicio.

—De ninguna manera—contestó Becky—. Estoy muy agradecida a ella por haberme confiado todo el dinero que le dió, al morir, miss Crawley, y que yo he gastado. Esto no lo sabe nadie, más que usted. Ni a mi marido me he atrevido a decírselo.

—¿Por qué se aflige usted tanto, Becky? Yo puedo hacer frente a todas sus necesidades, sin que su marido tenga que saber una palabra.



—No te preocupes, papá. Yo ya me defenderé...

Y le extendió un cheque por doscientas cincuenta libras esterlinas.

—¡Oh! No sé si debo aceptar...

—Sin ningún reparo, Becky. Así me demuestra usted su confianza.

Para excitar las ambiciones de Becky y llevarla al terreno que a él le convenía, lord Steyne orga-

nizó una fiesta en la que ella luciera sus poderosos encantos naturales.

Ante la admiración del muy selecto público reunido en los salones del gran Lord, la misma Becky se creía una verdadera marquesa de Pompadour, rigiendo los destinos de una nación.

—No dirá usted que no ha tenido un éxito, Becky—le murmuró al oído el viejo galanteador—. Veremos si sabe ser agradecida.

—Nunca ha sido la ingratitud mi característica, lord Steyne—susurró ella.

Carlos había acompañado a Becky a la fiesta, y al salir de la misma, en la que más bien sufrió que otra cosa, dejó a su esposa en un coche, y él se encaminó hacia el Club.

Lord Steyne llamó a uno de sus hombres, y le encargó que siguiese a Carlos, que lo acompañase hasta el Bar del Templo, y que allí lo hiciera detener por los alguaciles, que, avisados, esperaban.

Carlos no sospechaba la coartada, y de pronto:

—Dese usted preso, capitán. Soy Boos, el jefe de policía, y tengo orden de detención contra usted.

—Pero..

—Haga el favor de seguir...

VII

Las deudas contraídas en el juego habían servido de pretexto a lord Steyne para ordenar la prisión de Carlos Crawley.

Becky, al enterarse, le escribió a su encierro:

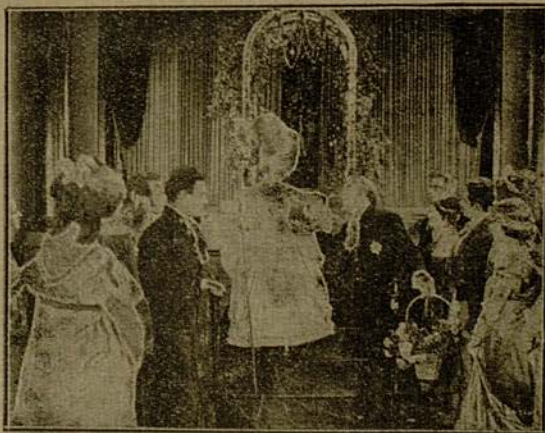
Mi querido Carlos:

Estoy pasando el mayor disgusto de mi vida con motivo de tu injusta detención. Tanto me ha impresionado ésta que tengo que escribirte en la cama,

porque me he puesto enferma, y hasta dentro de dos o tres días no podré hacer nada en tu favor. Te envía un apasionado beso tu
Becky

En vista de lo apurado de su situación, Carlos pensó en su familia, y mandó a su padre la siguiente súplica:

Querido padre:



...la misma Becky se creía una verdadera marquesa de Pompadour...

La frialdad de nuestras relaciones no creo haya endurecido tu corazón. A causa de unas deudas de escasa importancia, he sido encarcelado. Ruego me mandes, para recobrar mi libertad, ciento sesenta libras esterlinas.

Te abraza tu hijo

Carlos

A la noche siguiente, y gracias a la generosidad de sir Pitt, pudo Carlos abandonar el desagradable hospedaje de Boss, y al llegar a su casa, sorprendió al que lo hiciera prender, el propio lord Steyne, flirteando con Becky.

La cólera asomó a los ojos de Carlos.

Preso de espanto, Becky se arrojó a los pies de su marido:



...y ciego de ira arremetió contra el Lord...

—¡Carlos! ¡Yo soy inocente! ¡Ante Dios te lo juro!

—¡Aparta!

—¿Soy inocente o no, lord Steyne? ¡Dígalo usted!

El viejo, convencido de que Becky se había estado burlando de él sin pensar en satisfacer, a

cambio de sus obsequios, sus caprichos, acusó sin piedad.

—Inocente, ¿eh? ¿Acaso no he pagado yo esas alhajas con que usted se adorna? Yo le he dado a usted, además, miles de libras, de cuya inversión tal vez sepa algo su marido.

—¡Miserable!—clamó Carlos—. ¡Miente usted! ¡Becky, vete a tu habitación! ¡Necesito saber si



—¡Maldita! ¡Ahora me explico por qué querías que me pudriese en la cárcel!

ese hombre miente al decir que te ha dado dinero!

En los ojos de Becky leyó Carlos la verdad, y ciego de ira arremetió contra el lord, derribándolo en tierra y arrojándole en pleno rostro las joyas que lucía Becky.

Después, al encontrar entre los papeles de ésta

uno de los cheques que le diera el repugnante viejo, su desesperación no tuvo límite.

—¡Maldita! ¡Ahora me explico por qué querías que me pudiese en la cárcel!

—¡Perdón, Carlos!

—¡Basta ya! ¡No quiero verte! ¡Voy a marcharme a la Isla de Coventry!

—¡No, Carlos, no!

*
**

Cuando Guillermo Dobbín regresó de la India, su primera visita fué para su amiga Amelia.

—¡Qué alegría verte a ver, Guillermo!

—No quiero hablar de la mía, Amelia... porque aun hay más para ti... Te traigo una sorpresa. Encontré en la India a tu hermano en posesión de una fortuna, y he conseguido hacerlo volver a casa.

—¡José!—exclamó Amelia al ver aparecer a su hermano.

—¡Hermana! ¡Al fin triunfé! ¡Se acabaron las penas! ¿Y padre?

Este aparecía en aquel momento. Estaba casi ciego; muy debilitado.

—¡Padre mío!—gritó el muchacho.

—¡Eh!! ¿Quién eres?... ¿Eres tú, hijo?...

Se estrecharon con frenesí.

—¡Oh, padre!—. Y al verle tan cambiado, José ocultaba las lágrimas que brotaban de sus párpados.

Al verano siguiente, Becky vió a José en una mesa de juego del aristocrático Balneario de Pumpernikle, y como si no tuviera nada que reprocharse, obrando con la misma ligereza de siempre, se

dió a conocer, quitándose la careta que cubría su rostro.

—¡Ah! ¿Es usted? ¡Ya lo creo que la recuerdo! Amelia y Dobbín han venido también conmigo. ¡Cuánto se alegrará mi hermana cuando sepa que está usted aquí!

—Yo me hospedo en el hotel "EL ELEFANTE". Pregunten ustedes por *madame* Crawley.

VIII

"El Elefante" era una modesta posada a la que sus huéspedes, para darse importancia, llamaban hotel.

Dobbín hubiera deseado que Amelia renunciase a visitar a su antigua amiga, pues él la consideraba una aventurera, pero ella insistió en verla.

—¡Becky!

—¡Oh, Amelia!

Hablaron de sus vidas.

—¡Cómo cambian las cosas, Amelia! ¡Ya somos viudas las dos! Mi marido murió también, en la desolada isla de Coventry, y a mi hijo se lo llevó su familia.

—Me da pena, Becky, verte en esta posada. Venite con nosotros. En casa tenemos un exceso de habitaciones.

Separáronse, tan amigas como siempre.

¿Iría Becky a casa de Amelia? Esta lo deseaba.

José había rogado insistentemente a Dobbín que viviese con ellos, y, al fin, éste aceptó. En la casa había también el niño, hijo de Amelia, que ésta reclamó a su abuelo paterno tan pronto cambió su situación al volver José de la India.

Becky se decidió asimismo a aceptar la hospitalidad de su amiga, y a pesar de que Dobbín, al

verla pisar el mismo suelo que Amella, la recibió hóstilmente, echándole en cara su audacia al aceptar vivir bajo el mismo techo de su amiga, se quedó, protegida por ésta, que no la creía tan mala como la imaginaba el oficial.

—Desconfía, Amella, de esta falsa amiga. No sabes bien el daño que ella te ha hecho—le dijo Dobbin a Amella, cuando Becky entró en la habita-



—¡Cómo cambian las cosas, Amella! ¡Ya somos viudas las dos!

ción que le había sido preparada.

Becky lo oyó todo detrás de la puerta, y se vió asaltada por repentinos remordimientos, y convencida de que el imperio de su belleza había caído para siempre, quiso reparar los estragos que con ella había causado.

Dobbin se encontraba violento en aquel hospedaje tan generosamente ofrecido por José, y, contrariando su voluntad, se había vuelto a Inglaterra.

El primer paso que dió Becky hacia su redención fué para Amella.

—Tú debes casarte—le dijo—. No puedes vivir sola, con un niño tan pequeño.

—No me atrevo...



...y a pesar de que Dobbin la recibió hóstilmente...

—Oye, ¿va a ser el recuerdo de Jorge una barrera levantada entre tú y tu felicidad?

—Es que no puedo olvidarlo, Becky.

—Veo que no conociste a Jorge. Fué un egoísta sin conciencia y sin corazón. Quizá no sepas que una semana antes de casarse contigo me estaba haciendo a mí la corte. Y después... Toma, mujer, es-

críbele a Dobbin, a quien es inútil que me digas que no amas, diciéndole que venga...

Amelia obedeció a su corazón, y como no tuvo paciencia para esperar, volvió en seguida a Londres, y allí vió a Dobbin, y facilitó su declaración amorosa, tan anhelada.

EPILOGO

La fiesta anual a beneficio de las viudas y huérfanos, llamada FERIA DE VANIDADES, sirve de pretexto a la alta sociedad de Londres para hacer público alarde de lujo y ostentación.

Desengañada de la vida, Becky había contribuído a la fundación de una institución benéfica en la que, con inimitable altruismo, practicaba la caridad.

Ante ella, desdeñándola con la mirada, y del brazo de dos frívolas mujercitas, desfiló lord Steyne; y luego Amelia y Dobbin, ya casados.

Becky esperaba que Amelia se acercaría a su puesto de flores para saludarla, pero vió como Dobbin le impedía hacerlo, diciéndole:

—Ven aquí, Amelia. No quiero que mi esposa hable con esa mujer.

Y la daga del desprecio se hundía en el corazón de Becky, pero también se sentía afianzada en el sendero de la caridad y las buenas obras, para hacer frente a sus enemigos.

¡Vanidad de vanidades! ¡Ah! ¿Quién de nosotros es feliz en el mundo? ¿Quién ha visto cumplido su deseo, y una vez cumplido, ha quedado satisfecho?

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

La magnífica novela, de sugestivo asunto,

basada en una gran obra

RAFFLES

Protagonista:

MISS DUPONT

y

HOUSE PETERS

Grandioso éxito

32 páginas

25 cénts.

Postal-fotografía-regalo:

LEW CODY

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

sale todos los miércoles en toda España

¿Ya ha adquirido usted el último libro de
Los Grandes Films de La Novela Semanal Cine-
matográfica, titulado

El fantasma de la ópera?

No deje usted de pedirlo en todas partes.

¡La gran película de la temporada!

¡La más grandiosa creación de Lon Chaney!

¡Asunto palpitante, misterioso, dramático y pro-
fundamente emotivo!

64 páginas. Portada a Bicolor.

Numerosa ilustración

Precio popular 50 céntimos.